

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO



Pourret, Colmeiro, Planellas y Antonio Casares Gil

(la escuela botánica compostelana)

DISCURSO INAUGURAL

leído en la solemne apertura del

CURSO ACADEMICO 1956-1957

por el Dr.

Francisco Bellot Rodríguez

Catedrático de la Facultad de Farmacia

COMPOSTELA

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

1956

MAGNÍFICO Y EXCELENTÍSIMO SR. RECTOR

EXCELENTÍSIMAS AUTORIDADES

SEÑORAS Y SEÑORES:

No esperéis que, como es costumbre tradicional en este solemne acto, comience empujando mis dotes de escritor y lector, disculpándome por osar dirigir la palabra a un auditorio tan selecto como culto.

Estamos reunidos en este ilustre Paraninfo para inaugurar el curso académico de 1956-1957. La tradición y los reglamentos disponen que un catedrático, lea un discurso inaugural de las tareas docentes. La rotación, en turno riguroso ha hecho que este año sea yo el claustral que ha de dirigiros la palabra. Voy a hacerlo, ejerciendo un derecho y cumpliendo un deber, éste con mi mejor voluntad, aquél con el legítimo orgullo de sentirme catedrático de la Universidad compostelana. Por ello me parece extemporánea una disculpa basada en un sentimiento de falsa modestia, y por tanto no esperéis como decía antes, unos párrafos de justificación.

Doce años hace ya que vengo sirviendo a España en la Cátedra de Botánica Descriptiva de la Universidad de Santiago. Doce años de investigación botánica en Galicia, recorriéndola en todos sus cuadrantes, de Norte a Sur, desde La Coruña a Tuy y desde Ribadeo a Los Ancares. De Este a Oeste, de Fonsagrada a Finisterre y de Redondela al Barco de Valdeorras. He aspirado la brisa cantábrica en las playas de Doniños y he atravesado su bellísima laguna. He recorrido el poético río Landrove en busca de plantas recordando los hermosos versos de Nicomedes Pastor Díaz, el romántico-vivariense:

«Llévame de mi Landro a los vergeles
y allí, muerte piadosa,
bajo los mismos sauces y laureles
do mi cuna rodó, mi tumba posa» (1).

Siempre a la busca de las plantas de esta maravillosa Galicia, he visto amanecer entre las Fragosidades de la Peña Rubia y en el macizo de Los Ancares. Allí he bebido el vino ofrecido en cuencos por las bondadosas manos de los campesinos de Deva, la aldea solitaria pero de grandioso panorama. He sentido el viento húmedo y frío de los brezales de Guntín en pleno centro de Galicia. He sentido cómo la ventisca me azotaba en las fragosidades del Cebrero, pero también he aspirado, siempre peregrino de nuevas plantas, el seco hálito orensano en el mes de agosto en la caliginosa laguna de Antela, madre del mítico río Letheo de Tito Livio.

(1) NICOMEDES PASTOR DÍAZ: Elegía "A la muerte".

De estos doce años de labor, podemos decir sin falsa modestia, que hemos conseguido el herbario más importante que haya tenido nunca Galicia; cerca de veinte mil plantas guardadas una a una en los Laboratorios de Fonseca. Pero aparte de este resultado material, en el que justo es decir, han tomado parte el Dr. Viéitez Cortizo y de una manera destacadísima el Sr. Casaseca Mena, lo más importante es que nos ha sido dado conocer y amar a Galicia, al recorrerla paso a paso, sus aldeas, sus ciudades y al tratar a sus hombres en sus propios lares. Por ello, nunca me he sentido «tan en mi patria», tan en España, como recorriendo esta admirable «esquina verde» como la denomina Victoriano García Martí.

Este conocimiento del país gallego, a la lenta andadura de las excursiones botánicas, morral al hombro, me ha llevado también, ya en la calma del Laboratorio, a la búsqueda de los hombres que se dedicaron al estudio del tapiz vegetal del reino de Galicia.

Por esto al ser designado para dirigiros la palabra en este solemne acto, no he dudado un instante al elegir tema: la biografía de los botánicos más destacados relacionados con Compostela, unos porque vieron la luz en ella y otros porque desarrollaron sus actividades en la capital del distrito universitario; todos ellos forman una serie de naturalistas que con justicia puede denominarse Escuela botánica compostelana.

Pero, no temáis, seré breve, y para no cansaros dedicaré especial atención a lo anecdótico, dejando para el voluntario lector, lo árido, es decir la parte dedicada

a la labor botánica de los biografiados. Ya es hora de daros los nombres de los que hemos elegido como más representativos de la botánica compostelana: PEDRO ANDRÉS POURRET, MIGUEL COLMEIRO Y PENIDO, JOSÉ PLANELLAS GIRALT y ANTONIO CASARES GIL.

Pero antes, es obligado cumplir con el deber de cortesía, de exponer el movimiento de personal en nuestro primer centro docente, durante el curso académico 1955-56. En este caso, grato deber, pues las bajas no lo han sido por defunción.

En primer lugar, hemos de lamentar en la Facultad de Filosofía la baja por excedencia de nuestro querido compañero D. Federico Suárez Verdaguer, antiguo Vicedecano, Secretario General y catedrático de Historia Contemporánea. Por traslado a Valladolid, a petición propia, ha causado baja en el claustro de la misma Facultad, el catedrático de Historia del Arte y Vicedecano D. José María Azcárate Ristori. Que obtengan los mayores éxitos en sus nuevos destinos, es lo que, de corazón les deseamos.

En la Facultad de Derecho hay que registrar el fugaz paso por sus aulas, de D. Luis Fueyo Alvarez, el cual nombrado en 1955 para desempeñar la Cátedra de Derecho político, ha causado baja en este año por haber solicitado la excedencia.

En el claustro de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, hay que señalar el alta de D. Antonio Ubieto Arteta, al que damos la bienvenida y le deseamos toda clase de éxitos en la cátedra.

Y, cumplido el cortés y obligado requisito, vamos

a iniciar el resumen biográfico del más antiguo de los grandes botánicos de Compostela. El sacerdote francés:

PEDRO ANDRÉS POURRET (*)

Era natural de Narbonne y nació en la ciudad del río Aude el año 1754. Durante sus estudios religiosos, bien pronto destacó por su afición a las Ciencias Naturales y de ellas a la Botánica. Comenzó su aprendizaje en esta ciencia con los célebres botánicos Broussonet y Sibthorp. Cuando contaba veinte años empezó sus visitas de herborización por el sur de Francia, llegando hasta Cataluña, región que visitó en 1782, conociendo entonces a los célebres botánicos hermanos Salvador; este conocimiento había de serle después muy útil, como más adelante veremos.

Con los datos obtenidos en estos viajes, redactó una, *Relation d'un voyage fait depuis Narbone jusqu'a Monserrat par les Pyrénées*. Escribió también una *Chloris Narbonensis* y un *Projet d'une Histoire Generale de la Famille des Cistes*. Estos trabajos los presentó a la Academie des Sciences de Toulouse, la que le confirió el título de miembro correspondiente.

Como no ignoráis, en aquella época, era frecuente que los elegidos de la diosa Fortuna ejerciesen de Mecenas de los científicos, protegiendo a los que, ansiosos de saber, dedicaban sus afanes al conocimiento de las belle-

(*) COLMEIRO, MIGUEL: "Noticia de los trabajos botánicos del Abate Pourret". Madrid, 1891.

zas que el Creador ha dado al hombre por morada. Este fué el caso de Pedro Andrés Pourret pues, falto de recursos, fué protegido por los hermanos De Brienne para dirigir un Gabinete particular de Historia Natural que éstos poseían en París.

Resuelto así el angustioso problema del sustento diario, pudo dedicarse Pourret a su pasión favorita: la Botánica. Sin embargo, poco duró la tranquilidad a nuestro abate botánico. Los hermanos De Brienne, Cardenal uno, y General del ejército francés, el otro, dejaron de ostentar el favor de Luis XVI, siéndoles agradecidos los servicios prestados, como ahora se dice, y perdiendo los ingresos, que suponemos cuantiosos deberían llevar anejos los cargos de Ministros. Naturalmente, la nueva situación no permitía mantener el lujo de un Museo particular de Historia Natural, perdiendo Pourret su sinecura, viéndose precisado a regresar a Narbonne a fines del año 1788.

Era Pourret un espíritu conservador a ultranza, y, malos vientos corrían para el clero en aquel mes de mayo de 1789 cuando los Estados Nacionales franceses se constituyeron en Asamblea Nacional. Quizá Pourret manifestó con demasiada viveza sus opiniones contrarias a la revolución naciente, es el caso que se vió obligado a abandonar Francia, dirigiéndose a Barcelona, ciudad donde, como antes indicamos, había hecho buenas amistades, con motivo de su anterior viaje (*).

(*) PEDRO ANDRÉS POURRET: "Noticia Histórica de la Familia Salvador". Barcelona, 1796.

Aprovechando la ayuda que Carlos IV prestaba a los fugitivos del terror en Francia, pudo vivir Pourret en Barcelona, hasta que en 1798 consiguió ser nombrado subdirector del Jardín Botánico de Madrid, ocupando este puesto hasta el año 1801, fecha en que fué nombrado Director de dicho Jardín el insigne botánico y sacerdote valenciano Antonio José Cavanilles.

Siguió para Pourret una nueva época de penuria económica, hasta que, merced a sus amistades consiguió ser nombrado Canónigo de la Catedral de Orense el año 1804.

Es entonces cuando adquiere interés para Galicia la figura del abate francés, que era ya un botánico de primera línea. En el tiempo que el cargo de Canónigo le dejaba libre visitó los alrededores de Orense, San Pedro de los Montes, Montealegre, etc., etc. Su gran espíritu sistemático y sus grandes conocimientos botánicos le llevaron a descubrir varias especies nuevas para la Ciencia. Así el *Potamogeton Polygonifolius*; Pourret cita el *Limnanthemum nymphoides* por primera vez para Galicia en las aguas del Miño. *El Geum silvaticum* de los montes orensanos, etc. y otras muchas que no voy a relacionar por no cansaros, pues sólo pretendo hablaros de la personalidad de Pourret, no de los pormenores de su labor botánica.

Pero un maléfico hado parecía perseguir tenazmente a Pourret. Cuando tranquilo dedicaba la mayoría de su tiempo a la Botánica (parece que fué relevado de algunos de sus deberes como canónigo para que pudiese dedicarse a sus investigaciones), unos lejanos acontecimientos habían de influir grandemente en su vida. El

mismo año en que Pourret era nombrado Canónigo de la Catedral de Orense, el Papa Pío VII coronaba a Napoleón en Notre Dame. Este acontecimiento iba a influir decisivamente en el resultado de los trabajos de Pedro Andrés Pourret, retrasando primero e impidiendo después que publicase sus observaciones. En efecto, el «Genio de ambición» (como denominó a Napoleón Bonaparte el criticado poeta Bernardo López García) cuatro años más tarde decretaba la invasión de España. Esto hizo, al principio, incómoda, después, peligrosa, la estancia de Pourret en Orense, por lo que, temiendo ser víctima de la xenofobia del pueblo excitado, decidió salir de la ciudad para dirigirse a Portugal. Sin embargo, según su biógrafo Colmeiro, no lo hizo con la anticipación necesaria, para evitar lamentables desórdenes.

Víctima de las iras populares, los libros y herbario sufrieron bastantes daños el mismo día en que disponía a salir de Orense. Logró marchar saliendo bien parado, estableciéndose en un convento benedictino de las montañas de Vieiro. Allí permaneció hasta el año 1814, fecha en que se dirigió a Madrid donde fué de nuevo ayudado por Fernando VII al regreso de su vergonzoso cautiverio en Francia; concediéndole una Real Cédula el 11 de mayo de 1815 por la que se le nombraba Canónigo de la Catedral de Santiago de Compostela, para cubrir la vacante producida por el fallecimiento de D. Blas Pérez Balberde (*). El día 1 de julio de 1815

(*) Hemos de agradecer vivamente al Canónigo de la Catedral compostelana Dr. Leirós por los datos del Archivo, facilitados amablemente.

el Cabildo, después de examinar las pruebas de limpieza de sangre, dió posesión a D. Pedro Méndez por poder que este señor tenía de Pourret.

El día 14 de julio, ya en Compostela, prestó juramento y el día 19 hizo profesión de fe.

Viejo llegó Pourret a Compostela, pues contaba sesenta y un años, sin embargo, aún tuvo ánimos para recorrer los campos de los alrededores de la ciudad y halló en ellos la preciosa escrofulariácea *Linaria orchioides* Pourret (*L. delphinioides* Gay). También durante esta segunda estancia en Galicia, pudo recuperar casi todo su herbario, gracias a sus amigos de Orense. Pensaba Pourret establecerse definitivamente en Santiago, pues mes y medio después de su llegada a nuestra ciudad, remataba una casa en la Rúa Nueva en 1.600 reales anuales, a pesar de haber conseguido el 8 de agosto del mismo año una casa con huerta en la Tenencia de Pitelos. Durante el tiempo de permanencia en Santiago no dejó de visitar el recién fundado Jardín Botánico de Fonseca, haciendo amistad con el Director del Real Colegio de Farmacia de San Carlos D. Julián Suárez Freire, y con el Profesor de Historia Natural el cordobés D. José Martín León.

En el Jardín de Fonseca realizó Pourret los últimos estudios botánicos de su vida, y al Colegio de Farmacia de San Carlos le dejó su herbario y las plantas que cultivaba en su huerta de Pitelos.

Este herbario al ser suprimido el Colegio de San Carlos en 1821, pasó al Colegio de San Fernando en Madrid y actualmente se halla en la Cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia madrileña.

Tres años y un mes ostentó Pedro Andrés Pourret el cargo de Canónigo de nuestra Santa Iglesia Catedral, pues falleció el 17 de Agosto de 1818 a las seis de la tarde, habiendo asistido por última vez a cabildo el día 23 de julio.

Tiene Pedro Andrés Pourret categoría de excepcional botánico a destacar entre los primeros de su época. Dotado de un enorme espíritu de observación, al mismo tiempo que de una invencible modestia, anotaba sus observaciones de plantas nuevas, pero no fué hombre que se lanzase a publicar irreflexivamente. Por otra parte era persona de un desinterés y generosidad excepcionales pues comunicaba a sus amigos y colegas todos sus hallazgos. ¡¡¡Cómo contrasta esta actitud, con la de aquellos seudosabios que esconden una revista; guardan celosamente el último libro y callan siempre el origen de su pretendida erudición!!!

Esta generosidad, este desinterés, hizo que Pourret no adquiriese la fama que en la historia de la sistemática de la Región mediterránea le corresponde.

En efecto, Pourret que recorrió el Sur de Francia, Los Pirineos, Cataluña, la región Central de la Península y Galicia, descubrió y remitió más de 600 especies de Fanerógamas a numerosos colegas contemporáneos, según su comentarista Miguel Colmeiro. Algunos de ellos en sus publicaciones le atribuyeron el descubrimiento, otros, los más avisados, se apropiaron de los trabajos y desvelos de Pourret silenciando en la mayoría de los casos el nombre del que había hallado la nueva planta. El resultado es que, a pesar de haber descubierto tantas

especies, sólo treinta y dos se admiten oficialmente como suyas. Pourret se conformó siempre, alma generosa, manifestando que dada su lentitud en publicar, era preferible que lo hicieran otros aunque no diesen su nombre, con tal de que se conociesen las nuevas plantas.

Dejó Pourret, como decimos, al Colegio de Farmacia de San Carlos en Santiago de Compostela, un magnífico herbario, el más importante de su época con el de Cavanilles. Estos Herbarios con los de Willkomm y Boissier fueron después la base del *Prodromus Florae Hispanicae* pilar fundamental del conocimiento de la Flora Ibérica. Sin embargo, el herbario de Pourret espera aún al botánico que ordene, identifique y muestre a la luz la ingente labor del insigne francés que llegó a canónigo de Compostela.

Pourret fué el primer botánico de nombre internacional que estudió la flora de Galicia, aunque su propósito era publicar un compendio de la Flora española que completase la vieja y defectuosa Flora Española de Quer (publicada en 1762). Como hemos visto, no pudo realizar su deseo, pues cuando ya definitivamente establecido en Santiago, se proponía terminar y escribir su obra, le sorprendió la muerte.

MIGUEL COLMEIRO Y PENIDO (*)

El segundo botánico de que voy a hablaros, nacido en Santiago de Compostela, es un curioso caso del hombre que llegó a los puestos más altos de su carrera universitaria, aunque desgraciadamente no logró alcanzar la meta científica que parecía obligada en un hombre que ostentó tan elevados cargos dentro de la Universidad. Por otra parte, aunque nacido en Santiago, no fué en Galicia donde destacó, ni fueron para Galicia sus desvelos, ni apenas dedicó a su región más que un folleto sin ninguna importancia. Ello me servirá de disculpa, pues ante el deber de la verdad histórica, no han de ser precisamente alabanzas lo que podamos decir del botánico compostelano; y, bien quisiera poder leeros elogios del que fué árbitro de los destinos de la Botánica española durante casi medio siglo.

No suelen darse en el campo de las Ciencias Naturales, apasionadas discusiones en las que se llegue a extremos violentos para las personas, por eso es de destacar el hecho de que a Colmeiro le cupo la triste gloria de ser uno de los personajes más violentamente atacados por sus rivales científicos. Creemos que en su especialidad no ha habido hombre de ciencia español tan violentamente atacado..... pero vayamos con orden para exponer la biografía del botánico santiagués.

(*) LÁZARO IBIZA, BLAS: Noticia necrológica de D. Miguel Colmeiro y Penido. "Bol. R. Soc. Esp. de Historia Natural". Madrid, 1901.

Nació Miguel Colmeiro y Penido en Santiago de Compostela el día 22 de octubre de 1816, es decir, cuando Pedro Andrés Pourret estudiaba la flora de Galicia en el viejo huerto de Fonseca.

Estudió la carrera de Medicina íntegramente en Madrid, obteniendo el grado de Doctor a los 26 años de edad. Durante sus estudios siempre manifestó inclinación por las Ciencias Naturales, por lo que antes de doctorarse en Medicina obtuvo la cátedra de Botánica y Agricultura en el Jardín público de Barcelona, tomando posesión el 22 de octubre de 1842. Desempeñó esta cátedra hasta el 28 de septiembre de 1845, fecha en que fué declarado profesor de la Universidad de Barcelona.

Habiéndose creado por entonces la Facultad de Filosofía (que comprendía la de Ciencias), se graduó Colmeiro en esta Facultad el año 1846 y concurrió a las oposiciones a la Cátedra de Organografía y Fisiología Vegetal del Real Jardín Botánico de Madrid, obteniendo del tribunal la declaración de aptitud para la enseñanza de dicha asignatura.

Poco después, desde Barcelona, obtuvo el traslado a la Cátedra de Historia Natural de la Universidad de Sevilla, ciudad en la que permaneció más de diez años.

Por concurso de traslado pasó, el 18 de junio de 1857 a la Universidad Central donde desempeñó primero la cátedra de Organografía y Fisiología vegetales y después la de Fitografía. Desde 1868 hasta 1900 fué Director del Real Jardín Botánico de Madrid. Fué Decano de la Facultad de Ciencias, Rector de la Universidad Central, Académico de la Real de Ciencias y Artes de Barcelona,

de la Academia Sevillana de Buenas Letras, de la de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, de la Real Academia de Medicina, y finalmente, fué Académico de la Española. Además, fué Consejero de Agricultura, Industria y Comercio, Director del Museo de Ciencias Naturales y fué el primer Presidente que tuvo la Real Sociedad Española de Historia Natural.

Después de esta larga serie de cargos y presidencias, parecería natural que el personaje que los ostentó fuese un botánico de excepcional prestigio; seguidamente vamos a ver que no. Miguel Colmeiro, fué el prototipo del profesor del siglo XIX. Culto, quizá enciclopédico, vistiendo levita a todas horas, lector empedernido, «el hombre que todo lo aprendió en los libros», pero que no se había molestado en recorrer los campos y las sierras de España que es donde se encuentran las plantas. Hoy no concebiríamos un catedrático de Terapéutica Quirúrgica que no hubiese operado a nadie; pues bien, Colmeiro fué un catedrático de Botánica sin haber percibido el sol y el aire de las tierras de España. Un auténtico sabio de la época en que a los laboratorios de Historia Natural se les llamaba... Gabinetes... Realmente, era producto de su época; por ello no debe extrañarnos una actitud científica entonces corriente pero que nos parecería en estos momentos absurda.

En realidad, Colmeiro era un recopilador de lenguaje correcto, hombre extraordinariamente educado pero tuvo la desgracia de ser el dueño de los destinos botánicos de España en una época en que la decadencia en esta ciencia llegaba a su máximo. Su larga vida le permitió

asistir también al renacer de la Botánica española, representada por Loscos y Pardo, por Pau, por Costa, por Pérez Lara, etc., etc.

Colmeiro, no supo prestar a esos cultivadores de la Botánica el apoyo que merecían, por lo tanto pronto dividióse en dos bandos el campo científico botánico español.

De un lado algunos centros oficiales exhaustos de afán investigador y limitados a recopilar los trabajos de los demás, en especial de los extranjeros que nos visitaban. Como muy bien dice Ilerdensis, en la Revista «Vértice» (1943), comentando la Botánica Española: «El número de extranjeros que nos visitaron fué para sonrojarnos:

Pourret, Bory, Salzmänn, Dufour, Bentham, Cambessedes, Endress, Durieu, Boissier, Reuter, Webb, Bubbani, Willkomm, Funk, Bourgeau, Lange, Zetterstedt, Fée, Timbal-Lagrange, Marés Virgnez, Fritze, Hackel, Winkler, Huter, Porta, Rigo, Leresche, Levier, Rouy, Reverchon.»

Casi todos ellos publicaron trabajos sobre nuestra flora, y algunos como Willkomm Lange y Boissier, dieron a luz las primeras floras de España realmente científicas, el monumental *Prodromus Florae Hispanicae*, de los primeros, y la magnífica obra en colores *Voyage Botanique dans le midi de l'Espagne*, del coloso suizo Edmond Boissier.

Por otro lado, los verdaderos botánicos, dedicados a recorrer el país en competencia con los extranjeros, éstos dotados de medios, los nuestros por su cuenta como francotiradores; hora es que se hable de unos

hombres dedicados a una ciencia siempre mal pagada, poco menos que considerada como una manía de aquellos locos que casi con perjuicio económico salieron a recorrer la Península en competencia con la invasión de extranjeros, que ante el abandono de los botánicos oficiales, veían en nuestra patria un campo de investigación abandonado.

Mientras Colmeiro se dedicaba a la función de recopilador de lo que publicaban los demás, desde la comodidad de su gabinete de Historia Natural, unos hombres esforzados desasistidos de la ayuda oficial, en competencia con los extraños realizaban por la Flora Española el esfuerzo que debían llevar a cabo los que percibían un sueldo por esta obligación. Hemos de destacar los nombres de Vayreda, Masferrer y Bolós, en Cataluña; Carlos Pau, en Levante; Loscos y Pardo, en Aragón; Prolongo y Pérez Lara, en la Bética, entre los principales.

Merecen destacarse por su esfuerzo, entre los que ostentaban cargos oficiales relacionados con las Ciencias Naturales, Amo y Mora, en Granada; Mariano de la Paz Graells, Vicente Cutanda, Isern y Lázaro Ibiza, discípulo éste de Colmeiro, en Madrid; Tremols Costa y Cadevall, en Barcelona.

Fué Colmeiro discípulo de Mariano Lagasca y como Profesor, fué el primero que explicó el Método natural Candolleano de clasificación del Reino Vegetal. Como decíamos antes, destacó principalmente como recopilador, pues sus dos obras principales son la voluminosa pero inexacta *Enumeración y Revisión de las plantas de*

la Peninsula Hispano Lusitana, publicada entre 1885-1889 y *La Botánica y los botánicos de la Peninsula Hispano Lusitana*, aparecida en 1858. Son suyos un *Ensayo Histórico sobre los progresos de la Botánica*, del año 1842, sin valor positivo alguno; una *Memoria sobre el estado actual de la Botánica y la Agricultura*, Barcelona, 1842. Unos míseros *Apuntes sobre la Flora de las dos Castillas*, 1849. Lo único que dedicó a su región fueron los pobrísimos *Recuerdos botánicos de Galicia*, folleto aparecido en Santiago el año 1850.

Escribió un *Curso de Botánica* en tres tomos aparecido en Madrid entre los años 1854 y 1857. Un *Manual de Jardinería* en tres tomos, el año 1850.

Además, una *Enumeración de las criptógamas de España y Portugal*, aparecida en Madrid los años 1867-1868.

Fumariáceas de España y Portugal, aparecidas en Madrid, el año 1872.

Genisteas y Antillideas de España y Portugal el mismo año.

Rosáceas de España y Portugal, Madrid, 1874.

En 1891, publicó un folleto titulado *Noticia de los trabajos botánicos del Abate Pourret en Francia y España*.

Hemos de advertir que en todos estos trabajos hay muy poco de aportación al catálogo de las plantas de España o de su distribución geográfica; la inmensa mayoría es una recopilación de los trabajos de otros autores, pero carente de sentido crítico; no somos nosotros los que opinamos así. Son sus colegas contemporáneos los que peor juzgaron a Miguel Colmeiro. Prescindimos del folleto de Carlos Pau, «*Gazapos botánicos cazados en*

las obras del Sr. Colmeiro que es Director del Jardín Botánico de Madrid», aparecido en 1891 y del cual por respeto a vosotros, sólo me atrevo a copiar el tema de su contraportada:

«Todas las obras del Sr. Colmeiro no valen lo que cuesta el papel en que se han escrito».

Juan Cadevall, el autor de la magnífica Flora de Catalunya escribía en 1915:

«Y no fem menció d'En Colmeiro, qui en 1872 doná a llum un *Catálogo de plantas observadas en Cataluña*, perquè fundadament y honradament creiem que les exploracions d'aquest botánic malgrat de l'honros càrrec que exercia, apenes sortirem del recinte que guardava l'Herbari Salvador.»

El elegante Willkomm, apasionado de las cosas de España y siempre bien dispuesto a disculparnos, generoso a toda hora de la ayuda a los botánicos españoles, publicando en Alemania lo que aquí no publicaban los centros oficiales, tiene para Colmeiro unos fuertes ataques publicados en el «*Botanischer Zentralblatt*», tomo XXXIV, páginas 67 y 68, refiriéndose al tomo III de la «Enumeración»:

«También de este tomo puede decirse lo ya dicho del tomo primero y segundo. Contiene la enumeración de las Calicifloras. Desde las Caprifoliáceas a las Piro-láceas incluyendo las Compuestas. El estudio de estas familias está tan falto de crítica como los anteriores y la enumeración de sus especies no es completa...» y después de detallar una serie de errores y omisiones termina: «En fin, la obra del autor no es buena, por

lo cual no puede servir como repertorio de plantas de España y Portugal.»

Téngase en cuenta que lo que antecede está escrito por un hombre muy cortés que había dedicado al propio Colmeiro la *Malva Colmeiroi*, siempre dispuesto a hablar bien de los botánicos españoles, como sus obras lo demuestran con la excepción citada.

Siempre nos ha llamado la atención que sus contemporáneos le trataran, unos con desdén, otros con fuertes ataques, incluso los que fueron sus profesores. El «Judas» de sus discípulos le denominaba D. Mariano de la Paz Graells.

Ante este repetido criterio hemos buscado fuentes históricas, menos apasionadas que las contemporáneas y, caso curioso, siempre hemos hallado ataques, véase sino lo que dice *Ilerdensis* en la Revista «Vértice» (1943):

«Por aquellas fechas, la cadena había llegado a Colmeiro, porque al fin se empleó en la tarea que le incumbía, la de recopilador. Pero antes quiso probar fortuna en Cataluña, cuando fué catedrático de la Universidad de Barcelona, y publicó allí un catálogo de plantas de aquel país, apurando toda suerte de datos del herbario de los famosos Salvador. Así se podía trabajar entonces y escribir una flora cómodamente sentado en el gabinete; así y traduciendo mal del francés, y creyendo artículo de fe cuanto se atrevía a decir de nuestras plantas el primer extranjero que quería ocuparse de ellas.»

No copio por no cansaros la opinión de R. Agenjo publicada en «Graellsia» (*) en la biografía de Mariano

(*) AGENJO, R.: "Biografía de D. Mariano de la Paz Graells". "Graellsia", 1943.

de la Paz Graells acerca de la gestión de Colmeiro en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, opinión que no puede ser más desfavorable.

Siempre nos interesó la figura de Colmeiro pues le considerábamos un poco víctima de la envidia de sus contemporáneos, pero a medida que fuimos estudiando su vida y su figura pudimos darnos cuenta de que en la decadencia general de la Botánica que caracteriza al siglo XIX tuvo buena parte de responsabilidad el entonces rector de la Universidad de Madrid.

Es un hecho generalmente reconocido, la decadencia de las Ciencias Naturales en España durante el pasado siglo. Como dice Albarreda (*), la muerte prematura de Cavanilles y el destierro de Lagasca acarrearón una decadencia. Pero, advertimos nosotros, esa decadencia, fué meramente oficial, no privada. Le cupo a Colmeiro, el triste honor de regir los destinos de las Ciencias Naturales Españolas en la época más funesta y decadente de toda nuestra historia científica. ¡Cómo contrasta la penuria científica oficial del siglo XIX con el esplendor del siglo XVIII!. Menéndez Pelayo, lo ha señalado refiriéndose al fin del citado siglo:

«Lo que entonces se hizo por el progreso de las ciencias nos abruma y nos humilla con la comparación. Ya no enviamos a ninguna parte con lujo y pompa regia expediciones de astrónomos, de geodestas y de naturalistas, para determinar la figura de la tierra, para

(*) ALBARREDA, J. M.º: "Consideraciones sobre la Investigación Científica". Madrid, 1951.

levantar en las regiones ecuatoriales los primeros observatorios, para revelar a Europa la Flora de Méjico, la del Perú y la de Nueva Granada.

»Ya no se crean parques de aclimatación zoológica, como los de Orotava y Sanlúcar de Barrameda; ya no salen de entre nosotros químicos que descubren el platino, el tungsteno y el vanadio, ni matemáticos que creen nueva ciencia, como Lanz y Betancourt crearon la nueva Cinemática. Ya no es estudio de moda el de la Botánica como en tiempos de Carlos IV, cuando hasta la turba cortesana acudía a oír de los elocuentes labios de Rojas Clemente la exposición de sus arcanos» (*). Esta es la estampa de las ciencias naturales, pintada por un contemporáneo de Colmeiro.

Fué Colmeiro atacado, como hemos visto, desde todas partes, principalmente por su falta de espíritu investigador y sobre todo porque admitía sin reservas lo extranjero y siempre ponía en duda o adjetivaba cautelosamente los trabajos de los españoles. Pero no llegamos nunca a explicarnos, la violencia de algunos ataques, pues no conocemos en la bibliografía científica española un ataque tan despiadado y brusco como el antes citado de los gazapos. Desapasionadamente, y estudiadas sus obras a través del tiempo, se observa en ellas esa falta de sentido crítico indispensable en un recopilador, pero, sobre todo, su servilismo a las afirmaciones de los extranjeros y su desdén por lo publicado por

(*) MENÉNDEZ PELAYO: "Esplendor y decadencia de la cultura científica española". Madrid, 1907.

sus colegas españoles. O lo que es peor, en algunos casos su silencio para con botánicos como Loscos y Pardo o Planellas que se ocupaban de la flora patria con fruto reconocido internacionalmente. En todas las obras de Colmeiro se advierte un menoscupo hacia los trabajos de los que recorrían la árida o jugosa geografía peninsular en contraste con el Rector de la Universidad Central, de quien no conocemos ningún trabajo experimental. Y es que, es mucho más cómodo recopilar, anotar bibliografía, en fin, comentar el trabajo de los demás que trasudar con el esfuerzo propio. Es más muelle traducir lo que de nosotros dicen los extranjeros que molestarse en investigar sobre cualquier actividad propia.

La geografía de las plantas es caminar, es visitar a pie toda la rugosa y verde cubierta de Galicia; a veces hemos tenido que soportar las infinitas molestias del peregrino, pero siempre comprendidos en las aldeas por los sencillos campesinos que tienen un concepto más pragmático del tapiz vegetal, mas, ¡oh, contrastel, siempre incomprendidos por la mayoría de los hombres de la ciudad, de los que hemos tenido que soportar la desdenosa conmiseración con que se recibe al loco o al coleccionista de objetos raros. Los mismos que consideran tarea de chiflados estudiar hongos, pero que piden ansiosos a su médico les prescriba uno de esos antibióticos que la Divina Providencia ha puesto en el complejo metabolismo de los hongos.

Y para terminar, no comprendemos cómo Colmeiro, santiagués y gallego, que tuvo a su disposición todos

Los medios para investigar la flora de su patria chica, sólo le dedicó un miserable folleto.

Pero no todo ha de ser culpa de Colmeiro. Si fué bibliófilo más que botánico, no es toda la responsabilidad suya. A nuestro juicio, no fué director de su obra, sino dirigido por las circunstancias y el ambiente de su época, en la que según Albareda se enseñaba a saber decir, no a saber hacer. Era la época del Real Decreto de 22 de mayo de 1859, en el que se publicó el Reglamento de las Universidades del Reino, Reglamento en cuyo capítulo tercero se disponía la obligación por los alumnos de leer un discurso de veinte minutos sobre un tema elegido previamente por el profesor; era la época de la toga diaria, de la ausencia total de laboratorios; era la época en la que a las tesis doctorales se les daba la forma de discursos.

Era la época en que, por las antiguas Universidades, la Facultad de Medicina y la reorganizada de Filosofía (que incluía la de Ciencias) eran consideradas como la vil canalla de la Universidad (*).

Era la época, en que como dice Carracido (**):

«Prescindiendo de la propia y personal experimentación, los profesores de aquellas ciencias, que sin este medio se reducen a indigesta palabrería, se vieron obligados a secundar el método de las enseñanzas especulativas, pronunciando también su discurso cotidiano, exornándolo a lo sumo con algunos experimentos prac-

(*) ALBAREDA: Loc. cit.

(**) R. CARRACIDO: "Discursos Universitarios. La Enseñanza de Las Ciencias Experimentales en España". Madrid, 1887.

ticados desde su mesa ante los atónitos alumnos, sin permitir a éstos poner mano en nada, porque los aparatos no se estimaban como herramientas de trabajo, sino como preciosos ejemplares que en los armarios debían conservarse siempre nuevos y relucientes. No se pudo inventar filtro más seguro para que se tornaran estériles, ciencias que, dotadas de su verdadero método son la fecundidad misma en la incesante serie de sus descubrimientos.

Habiendo entrado por este camino, lo importante, por no decir lo único, era la lección oral preparada escrupulosamente por el catedrático, allá en el retiro de su gabinete, entresacada de un programa lo más regular y simétrico posible, en el cual se comprendía todo el saber clásico referente a su asignatura.»

Era la época en que Cajal (*) decía: «Qué desencanto, al llegar a nuestro Madrid, donde, por incomprensible contraste se ofrecen la máxima cultura española con los peores edificios docentes. Habituada la retina a la imagen de tantos esplendores y grandezas, infundíame tristeza pensar en nuestra ruín y antiartística Universidad, en el vetusto y antihigiénico Colegio de San Carlos, en las lobregueces peligrosas del Hospital Clínico, en el liliputiense Jardín Botánico del paseo de Trajeneros y en el Museo de Historia Natural, siempre errante y fugitivo ante el desahucio de la Administración.»

Don Miguel Colmeiro, era Director del Jardín Botánico y del Museo de Ciencias Naturales, en los tiempos a que se refiere Cajal.

(*) CAJAL: "Recuerdos de mi vida". Tomo II, página 273. Madrid, 1917.

No podía pedírsele a Colmeiro, «General» del «ejército» universitario de la época, más de lo que el Estado daba a la Universidad.

Y aquí viene muy bien recordar lo que decía Carracido, refiriéndose a la enseñanza de las Ciencias experimentales en España:

«Sirvan estas consideraciones relativas al medio histórico, para alejar de mí toda sospecha de censura personal en cuantos juicios haya de exponer más adelante. Sería un sarcasmo mortificar en lo más mínimo a quien nace en condiciones sociales deficientes, por no llegar a donde llegan los que se encuentran colocados en más favorables posiciones.»

Pero, dejemos en paz a Colmeiro, cuya labor tuvo una faceta muy estimable, la de servir como información bibliográfica, pues reunió en su obra los conocimientos botánicos de su época.

JOSÉ PLANELLAS GIRALT (*)

El tercer botánico de que voy a hablaros, no era gallego; era catalán y fué ilustre Catedrático de la Facultad de Ciencias compostelana.

A primeros de agosto del año 1847, al subir desde Villafranca a Piedrafita del Cebrero, en la diligencia de Madrid a La Coruña, avistaba por primera vez Galicia un joven médico catalán que acababa de ganar la cáte-

(*) BELLOT, FRANCISCO: "Un Centenario. La Primera Flora de Galicia".
"La Noche", 2 de Septiembre 1952.

dra de Historia Natural en la Facultad de Filosofía de la Universidad compostelana. Era D. José Planellas Giralt, que, a los 26 años ya tenía las carreras de Filosofía y Medicina y desde Jaén, de cuyo Instituto era Catedrático, se trasladaba a Santiago. Poco antes, en Junio de 1847, había conseguido por oposición la plaza de que iba a hacerse cargo.

Según él mismo cuenta, cuando en aquella fecha: «Pude por vez primera extasiar mi vista en la verde alfombra del país gallego, nació en mí el deseo de ocuparme y escribir de su vegetación.»

Llegado a Compostela, en una época de auge de la Universidad y, sobre todo, de apoyo a las ciencias de la Naturaleza, pudo dedicarse por completo a los estudios botánicos. Bien es verdad que regentaba la Universidad D. Juan Viñas, el que había fundado dos años antes el Jardín Botánico de Fonseca, y era Decano de la Facultad de Filosofía D. Antonio Casares y Rodríguez, el ilustre químico, farmacéutico y médico, gran amigo de las ciencias naturales.

El joven Planellas, activo, laborioso y con el ímpetu de su iniciación como profesor universitario, en vez de dedicarse a comentar en las rúas la reciente batalla de Sigüeiro, el fusilamiento de Solís y sus compañeros en Carral, o las ascensiones aerostáticas de Mademoiselle Beltran en La Coruña, dedicóse por entero a recoger datos para escribir la flora gallega.

Con un espíritu fuera de su época, pues en general la investigación era cosa ajena al profesorado, Planellas fué el polo opuesto de Miguel Colmeiro, ofreciéndole

a Galicia el fruto de su tesón e inteligencia, publicando la primera flora del país gallego según un sistema racional de clasificación: el de Agustín Pyramo Decandolle.

Instalado Planellas en Santiago, fué en sus alrededores donde realizó la mayoría de sus investigaciones; numerosos toponímicos lo confirman. El botánico catalán visita la Rocha Vieja en busca del medicinal Sinfito. Recoge Saltaseves en las Siete Puentes, llega al Monte de la Almáciga en busca del Ourego. Pasa por el Portazgo hasta Meixonfrío y el Pico Sacro. Recorre los entonces poblados robledales del Carmen de Abajo, visita la Selva Negra, Ber, los prados del Deán; éstos y otros muchos lugares son cuidadosamente anotados con indicación de las plantas recogidas en ellos.

Pero no fué sólo Compostela el objeto de su búsqueda. Admira pensar el tesón y el afán científico de Planellas para lanzarse por aquellos caminos hace cien años, a recorrer toda Galicia en busca de plantas: Monforte, Lugo, El Caurel, Mondoñedo, Piedrafita, Ribadavia, La Limia, Tuy, La Guardia, Salvatierra, Cambados, Cangas, Vigo, Villagarcía, Sanxenjo, Bayona, La Isla de Tambo, La Lanzada, La Coruña, El Ferrol, Noya y numerosas localidades más, son visitadas por el infatigable catalán. Sus pesquisas fueron muchas, pudiendo decirse que visitó Galicia en todas direcciones. Formó un herbario que hoy se conserva en la Universidad de Barcelona (*) a donde fué trasladado Planellas en 1868. Dicho herbario, que

(*) PAU, CARLOS. "El Herbario de Planellas" Broteria, Serie Botánica. Tomos XIX-XXI.

tenía unos setecientos pliegos, hoy nos parecería pequeño comparado con los 20.000 del herbario de Fonseca, pero si consideramos la facilidad de comunicaciones actuales, no podemos menos de admirar la labor del catedrático del pasado siglo, el cual, sólo, sin los medios con que cuentan actualmente los investigadores, lanzóse a la tarea de publicar una flora gallega. «*Ensayo de una Flora Fanerogámica Gallega*» fué el título con que se publicó hace ciento cuatro años el fruto de los trabajos del ilustre botánico. Que la empresa no era fácil, lo prueba el hecho de que dos prestigiosos colegas de Planellas, los médicos Gil y Martínez Servida, lo hubiesen intentado poco antes sin conseguirlo.

Lo que nos hace más simpática la figura de Planellas, es su decisión de estudiar la vegetación de Galicia, sin «asustarse» por la presencia en España de extranjeros de la talla de Lange y Willkomm, dedicados al estudio de nuestra vegetación. En contraste con la actitud de la mayoría de los botánicos españoles que se dedicaron a adular y a admitir sin discusión lo que decían de nuestra flora los extraños, Planellas, modestamente publicó una flora regional cumpliendo con su deber como universitario y científico. Siendo ésta la primera publicada en España con criterio sistemático racional, por un autor español.

Indudablemente, todo gallego de mediana cultura sabe que el Padre Baltasar Merino es el autor de la Flora de Galicia. Lo que muchos desconocen, es que cincuenta años antes, se había publicado en Santiago, y por la imprenta de D. Juan Rey Romero, una obra

formada por un tomo en cuarto menor con 452 páginas, en las que, según el sistema de De Candolle, se describían todas las especies de fanerógamas conocidas en Galicia hasta aquella fecha.

Como lema de su prólogo, copió el siguiente párrafo del Padre Sarmiento:

«Lo que quiere y debe querer todo español celoso, es que primero sepamos lo que se creía en España que lo que se creía en otras regiones.» Galicia es uno de los reinos de España donde existen regiones en las que todavía no se ha hecho el inventario de su riqueza vegetal; añadimos nosotros.

Planellas como médico, dedicado a una ciencia aplicada, no podía olvidar que, si toda ciencia es bella, es más admirable si es útil. Por eso acompaña a cada planta una indicación de las propiedades terapéuticas y de sus aplicaciones prácticas. Nos habla del Bertón rizo, de la Col gallega, de los grelos, las nabizas, etc. Relaciona una serie de variedades de la vid: albariña oubiña, espadeira, moza fresca, etc.

No debieron ser muy buenas las relaciones entre Planellas y D. Miguel Colmeiro. A pesar de que Planellas en sus escritos, trata a Colmeiro con todo respeto, éste en sus referencias a la obra de Planellas deja entrever ciertos celos a través de los reparos que ponía a una obra, que si bien tenía defectos, era la primera realmente científica y auténtica. ¡No poco se plagiaba en aquella época!

Los *Recuerdos botánicos de Galicia*, publicados por Colmeiro como resultado de sus veraneos en Rubianes

fueron superados en cerca de 500 especies por Planellas. Quizá esté en ello el origen de las críticas de Colmeiro.

Es digno de destacarse el fino espíritu de geógrafo de Planellas; el capítulo dedicado a la descripción general de la vegetación de Galicia, y su división en pisos, como fruto de la observación real es mucho más natural, sencilla y precursora de los conceptos modernos, que todas las publicaciones posteriores sobre la región, la mayoría inspiradas en autores extranjeros.

En 1868, al trasladarse a Barcelona, Planellas llevóse con él su herbario, pero dejó como prueba de su paso por Galicia, la primera obra botánica de carácter regional con sentido moderno, publicada en España, anterior en casi veinte años al monumental *Prodromus Florae Hispanicae*, del coloso alemán Moritz Willkomm, y del infatigable danés John Lange, obra en la que se basaron todas las floras regionales posteriores.

ANTONIO CASARES GIL (*)

Hubiéramos querido que al hablaros de Miguel Colmeiro todo hubieran sido elogios para el conocido botánico compostelano, pero la objetividad histórica no nos lo ha permitido. Decididos estábamos a no tratar de Colmeiro y a renunciar a este tema si para finalizar no

(*) GARCÍA VARELA, ANTONIO: "Antonio Casares Gil, Ilustre botánico compostelano". "Asociación Esp. Prog. de las Ciencias". Santiago, 1934.

tuviésemos ocasión de ensalzar a otro botánico compostelano, verdadera gloria de las Ciencias Naturales españolas.

Anteriormente hemos tenido que suavizar los conceptos para respetar la memoria de Colmeiro, ahora es tiempo de ensalzar y utilizar los mejores adjetivos para honrar la memoria de un ilustre compostelano a quien Galicia no le ha hecho el homenaje que se merece, por su ciencia, por su amor a Galicia, por su probidad y autenticidad científica y por su probado amor a España. Me refiero a D. Antonio Casares Gil, uno de los mejores botánicos con que ha contado España y, desde luego, el más insigne de los botánicos gallegos. Además, por su amor a Galicia y por su especialidad, gran parte de sus escritos se refieren a su patria chica.

A fuerza de oír elogiar el apellido Casares, nos hemos ido acostumbrando a hacerlo sinónimo de hombres ilustres. Sería ofenderos el tratar de daros una genealogía de un miembro de tan ilustre familia precisamente en Santiago de Compostela. Por eso, me limitaré a exponer una ligera reseña biográfica de D. Antonio Casares Gil, ilustre briólogo español y, puede decirse, el que sentó los pilares de nuestro conocimiento de los musgos.

Don Antonio Casares Gil, nació en Santiago de Compostela el día 29 de mayo de 1871 y era hijo del ilustre organizador de la Facultad de Farmacia, creada en 1857 por Claudio Moyano, el ilustre químico analista D. Antonio Casares Rodríguez.

Era por tanto hermano del venerable D. José Casa-

res Gil, mi maestro de Análisis Químico y Técnica Física en la Universidad de Madrid, en los ya por desgracia, lejanos años de 1931-1933.

Don Antonio Casares Rodríguez, eterno estudioso, todavía tenía ánimos a los 58 años para estudiar su tercera carrera universitaria, la de Medicina; por entonces, la Providencia le concedió a su hijo Antonio, el que después había de ser el más ilustre de nuestros briólogos (*).

No es de extrañar que, dada la afición que su padre tenía a las Ciencias Naturales, su hijo mostrase desde su época de estudiante una gran afición por aquellas ciencias. No obstante, estudió la carrera de Medicina en la Facultad compostelana, y apenas obtenida la licenciatura, hizo oposiciones al cuerpo de Sanidad Militar, ingresando el 14 de abril de 1894, y siendo destinado a Barcelona. En esta ciudad, en las horas que le dejaba libre el servicio, visitaba los laboratorios universitarios y realizaba frecuentes excursiones botánicas y zoológicas por la región catalana.

Posteriormente fué trasladado a Ceuta y, finalmente, a Cuba, isla en la que asistió a nuestro derrumbamiento colonial, regresando el año 1899 de la perla de las Antillas.

A su regreso de Cuba, su hermano D. José, le insta para que amplíe sus conocimientos botánicos en

(*) MÁIZ ELEIZEGUI, LUIS: "Estudio bibliográfico del Dr. D. Antonio Casares Rodríguez". "Anales de la Real Academia de Farmacia". N.º 1, pág. 29, 1952.

Alemania; decide dirigirse a Munich, donde asiste al Laboratorio del célebre Goebel. Con este ilustre maestro estudió Organografía vegetal, especialmente la de las Briofitas y Pteridofitas, y comienza el estudio de este grupo de plantas de la Península Ibérica. Transcurrido el año de estancia en Alemania, antes de regresar a España, efectúa un recorrido por los principales centros botánicos de Berlín, Francfort, Colonia, Nuremberg, Wurzburg y París.

Una vez en España, dió comienzo a un verdadero peregrinaje en busca de Briofitas por toda la Península Ibérica. Poco después, comienza a publicar trabajos sobre este grupo de vegetales en la «Revue Briologique» y en el «Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural».

Posteriormente, fué destinado a Madrid, prestando servicio en el Instituto de Higiene Militar y más tarde en el Ministerio de la Guerra. Estos destinos le permitían dedicar parte de su tiempo a su pasión favorita, concurriendo al Museo Nacional de Ciencias Naturales y a la Junta de Ampliación de Estudios. Según su biógrafo D. Antonio García Varela, el eminente gallego, Director del Jardín Botánico y Catedrático de la Universidad Central, se debe a la citada Junta y a D. Ignacio Bolívar, el que la labor de D. Antonio Casares Gil, no quedase inédita, pues, hombre de extraordinaria modestia, no pretendía publicar nada, y sus trabajos estarían archivados en algún establecimiento oficial como nos ha ocurrido con los de tantos otros naturalistas, Mutis, Ruiz y Pavón, etc., etc.

Don Ignacio Bolívar proporcionó a D. Antonio Casares Gil un pequeño laboratorio en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. Contando ya con medios y pudiendo dedicarse a su especialidad, desde 1902 hasta 1912 publicó D. Antonio Casares Gil los siguientes trabajos:

Algunas observaciones sobre la coloración rojiza de ciertas Hepáticas (Boletín R. Soc. Esp. de Historia Nat., t. II, pág. 212, año 1902).

La Cápsula de la Homalia Lusitánica Schpr. (Boletín R. Soc. Esp. de Hist. Nat., t. II, pág. 327, 1902).

Catálogo de las muscíneas de los alrededores de Barcelona (Bol. R. Soc. Esp. de Hist. Nat., t. II, página 237, 1902).

Nota sobre la fructificación de la Homalia Lusitánica Schpr. (Bol. R. Soc. Esp. de Hist. Nat., t. II, pág. 242, 1903).

Notas sobre los musgos de Cataluña (Bol. R. Sociedad Esp. de Hist. Nat., t. III, pág. 364, año 1903).

Nota Briológica (1905).

Nota Briológica de Monserrat (1905).

Riciella fluitans sobre Spongilla (1907).

Sobre un trabajo de Nicholson W. Ed. sobre muscíneas de Mallorca (1907).

Marchantia polymorpha y Marchantia paleacea Bes. (1908).

Nota sobre la Scapania Casaresiana St. y las Scapanias españolas (1909).

Muscíneas nuevas para la flora española (1910).

Muscíneas nuevas para la flora española (1911).

Enthosthodon physchomitrioides n. sp. (1912).

Hallazgo del Fontinalis Laehenandi en los alrededores de Santiago de Galicia (1912).

Flora briológica de la Sierra del Guadarrama (1912).

Biografía de Edouard Bornet (1913).

Una excursión briológica a Sierra Nevada (1914).

Enumeración y distribución geográfica de las Muscineas de la Península Ibérica (1915).

Los tuberculillos de la Riccia Bischoffii Hübn. (1917).

El año 1919, la Junta para Ampliación de Estudios publicó el primer tomo de la Flora Ibérica, dedicado a las Hepáticas como primer grupo de las Briofitas, cuyo autor era D. Antonio Casares Gil. Este tomo sobre las Hepáticas de España y Portugal, constituye la mejor obra publicada en España en el siglo actual, sobre un grupo botánico. Como muy bien dice García Varela, como obra de conjunto de un grupo botánico, la de Casares Gil, es la que más destaca por su originalidad y su moderna factura.

Es una obra auténtica, que hizo época como manifestó el mundialmente conocido briólogo F. Verdoorn: «Ist nicht nur eine schöne und anregende Arbeit, es ist eine Epochenmachende Arbeit, wirklich sehr gut!!»

El insigne Macvicar dice de la obra: «it is a splendid work.»

El italiano Gola: «E veramente un'opera magnifica per chi studia epatiche della Regione mediterranea, la quale é povera di opere complessive a questo riguardo.»

Para el Dr. Florentino Felipone: «...es un exponente positivo de la cultura española en Ciencias Naturales.»

El más cumplido elogio procede de Dismier: «...publication qui fait le plus grand honneur a l'Espagne. C'est en effet le premier ouvrage d'ensemble sur les hepatices»

ques de l'Iberie qui ait été publié... Je crois que le plus bel éloge que se puisse faire de le travail consiste a dire qu'il serait bien desirable que quelqu'un en France veuille bien prendre l'initiative d'une publication semblable.»

Friedrich Kern, de Breslau, opinaba de las «Hepáticas»: «...La gran obra de Casares sobre las Hepáticas de España fué para mí una gran sorpresa: permanecerá por muchos años el Standard Work de la flora de las briofitas españolas.»

Para Douin, la obra de Casares era «magistral».

El Prof. Arthur Ervideira, de Lisboa, la denominó «monumental trabalho» y opinaba que: «e sem duvida o trabalho de mais vulto que ultimamente se tem publicado sobre Briología».

El insigne P. Luissier, al saber que D. Antonio Casares Gil preparaba su obra, le escribió: «Vous êtes le seul qui puisse actuellment écrire ce travail. Inutil de vous dire que tous mes exicata son totalement a votre disposition.»

Ante tal unanimidad en hacer elogios de la obra de un científico español (ya sabemos que en el extranjero no son fáciles al elogio, y menos a nuestras cosas), es fácil convencerse de una cosa: la calidad excepcional de la obra científica de D. Antonio Casares Gil y además, darse cuenta de la autenticidad del trabajo de nuestro botánico. ¡¡Cómo conforta hallar un científico verdadero entre tanta hojarasca que tenemos que separar, para encontrar trabajos originales con un valor positivoll!

Pero hay que resaltar el desinterés de D. An-

tonio Casares Gil, si se tiene en cuenta que, si bien trabajó en la Junta de Ampliación de Estudios, nunca quiso percibir de ella remuneración alguna por su tarea. Con realizarla, ya se consideraba pagado. Por eso, no dudamos en calificarle de un verdadero hombre de ciencia, en estos tiempos en que la investigación ha dejado de considerarse un lujo o una vocación para entrar en la categoría de profesión de investigador pagado; y se hace más admirable su postura vista desde nuestros días del «full time».

Después de esta magnífica publicación, continuó trabajando Casares en la preparación de los Sphagnos de España y Portugal, publicando el año 1925 su magnífica monografía «Sphagnos de la Península Ibérica», la única obra de consulta que tenemos todavía treinta años después.

Salvo algún pequeño trabajo, ya no publicó otras cosas, pues todo su tiempo lo dedicaba a la preparación del material destinado a la publicación de los «Musgos de la Península Ibérica».

Sin embargo, no habría de ver terminada su obra, pues enfermó gravemente en 1928 y, ansioso de contemplar su querida Galicia, trasladóse a La Coruña en busca de alivio, pues como él mismo decía: «Deseo vivamente saturarme de paisaje gallego; si mis males no se curan, se aliviarán seguramente».

Ya en La Coruña, continuó la preparación del segundo tomo de las Briofitas de la Península dedicado a los Musgos, tomo que no pudo terminar, pues le sorprendió la muerte el 10 de abril de 1929. Con los materiales recogidos y con las descripciones dejadas por

Don Antonio Casares, el Profesor D. Arturo Caballero, mi querido maestro de Geografía Botánica, en el Jardín Botánico de Madrid, escribió el tomo de los Musgos, pues sólo faltaba la parte general. De esta obra, el Profesor Caballero indicaba que era su mérito tan grande como el de las Hepáticas y que estaba reputada dentro y fuera de España como obra perfecta y acabada en su género.

Pero Casares Gil, si era un gran botánico, no por eso descuidó su profesión médica, dejando en el cuerpo de Sanidad Militar un grato recuerdo. En el Instituto de Higiene Militar dedicóse a la Bacteriología, preparando la vacuna antitífica que usó nuestro ejército en Marruecos. Descubrió un método de tinción de flagelos en las bacterias, que fué elogiado por Cajal.

La obra del Dr. Casares Gil como botánico, vista a treinta años de distancia de su muerte, no podemos menos que calificarla de admirable. En el campo de la Criptogamia Española, él, González Frago y el P. Unamuno, son los tres autores cuya labor no ha sido superada todavía, en los campos de la Briología, Los Uredales y los Micromicetos, respectivamente.

Y, para terminar, no nos explicamos, cómo en Santiago de Compostela, no hay un recuerdo, el nombre de una calle, una lápida, que perpetúe el nombre de un científico compostelano extraordinariamente modesto que vivió desinteresadamente para una ciencia a la que nunca sacó provecho material alguno, y en la que consiguió lo que pocos españoles dedicados a las ciencias han logrado, una buena crítica a su labor por parte del

extranjero y que, además, desde el punto de vista regional, llevó con sus obras el nombre de Galicia a todos los medios botánicos del mundo.

Cuatro nombres, como hemos visto, de categoría internacional, destacaron en la ciencia de las plantas grandemente vinculados a Compostela. Si a ellos les unimos el del P. Merino, autor de la magnífica y conocida flora de Galicia, el cual, si vivió gran parte de su vida en La Guardia, permaneció muchas temporadas en Compostela, estudiando su flora, podemos afirmar que en Santiago, lo mismo que en otras ciencias, puede hablarse con justicia de una Escuela Botánica Compostelana.